

Al sitio mismo en que arrancar la viste
De la rápida rueda que sonando,
Tu pecho aun mas que el pavimento heria.
« Ella se va », con falleciente labio
Hondamente exclamaste; y repitiendo
El eco : « Ella se va », de amargo luto
Tu desolado corazon llenaba.

¡ Oh momento cruel! Huyen entonces
La risa alegre y el festivo gozo
Del amante infeliz, huye el deleite
Que le inflamaba. En tan inmenso duelo,
¿ Dó su vista mover? ¿ Hacia qué parte
Sus pasos llevará? Solo un vacío
Mira, que el mundo en su tropel ruidoso
Ni llenó ni encubrió. ¿ Dónde el halago?
¿ Dónde el grato mirar? Dónde los juegos?
Aquel continuo querellarse, aquellas
Iras dulces de amor, nubes suaves
Que su serena faz tal vez cubrian,
Y á deliciosa paz luego tornaban...
Todo huyó, todo fué : pasa un momento,
Llega el siguiente, y el dolor tan solo
Con su amarga lazada es quien los une.
Volaban antes las fugaces horas,
Volaban, y á par de ellas el deseo
Avivaba su ardor ; tras él venia
La esperanza feliz vertiendo flores,
Y de ilusiones mágicas ornada;
Coronábala el goce, y luego el curso
De afán tan delicioso renacia ;
Ansiábase otra vez, y se esperaba
Y se gozaba. ¡ Ay Dios! Ya ¿ qué le resta?
Amar, penar, gemir : tal su destino,
Tal es su triste y perdurable empleo.

¿ Y qué? ¿ Cerradas al ausente fueron
De un consuelo feliz las sendas todas?
No, amigo, no : si en tu afliccion amarga

Te tienes por el ser mas infelice
De los que inflama amor, corre á la selva
Corre, y en ella la frondosa cima
De un álamo verás alto y pomposo
Que aquel recinto de verdor corona;
Y entre sus frescos y gallardos ramos
Contempla el nido desolado y yermo
Que fué altar de placer, y ora es de llanto.
Dos tórtolas en él... ¿ Quién compasivo
No lamentó su desastrada suerte?
Brilló el color del cielo en su plumaje,
Y el fuego del amor ardió en su seno.
Juntas las miró el sol, juntas la noche.
Juntas volar á su cristal la fuente,
Juntas el valle; el eco embebecido
Su arrullo enamorado redoblaba
Y al fin llegó la hora fatal : salieron,
Y sus ligeras alas desplegaron.
Infelices, ¿ d'ó vais? Toreed el vuelo,
En el bosque no entreis; y no me esuechan;
Y siguiendo inocentes su camino
Dulces besos se dan, y amantes juegan.
Y de repente, al espantoso estruendo
De la tronante pólvora silvando,
Salió el plomo mortifero; un gemido
Dió el viento en derredor; volvió los ojos
Azorada la tórtola á su amado,
Que abierto el bello seno y moribundo,
La miró y espiró. « Cayó », gritaba
Bárbaro el cazador, cayó; y en tanto
Huye, y huyendo la infelice viuda,
Hiende la esfera en lastimosos gritos.
Y ronca y sorda de gemir, su vuelo
Lejos allá sentó, do triste y sola,
Ningun viviente su dolor distrae;
La muerte implora allí, la muerte airada
Se niega á su clamor, y envenenado
El curso puro de sus dulces dias,
Los vive en llanto y sempiterno luto.

¡Miserable! que al destino ni aun es dado,
 Con ser tan poderoso, devolverle
 Su malogrado bien. ¡Oh! ¿Qué es la ausencia,
 Qué son los breves límites que ahora
 Á tí te parten de tu bien, Fileno;
 Límites que traspasan los suspiros,
 Y por do hienden del amor las alas,
 Con ese eterno y lóbrego silencio,
 Con ese abismo impenetrable y hondo
 Que hay del ser al no ser, que hay de la vida
 Al sueño helado de la tumba oscura?

Y al fin, en pena tal, si amargo el duelo,
 Si es inmenso el afán, llórase entonces
 Un corazón donde el amor ardía;
 Que el pecho entonces resonando en ayes,
 Sobre él su trono la tristeza asiente,
 Sí, justo es el dolor, pene el amante,
 Pene, y en llanto funeral inunde
 Del bien perdido las cenizas frías.
 Mas cuando al tierno amor asaltan fieros
 El puñal del desprecio, la ponzoña
 De la doblez, los hielos del olvido,
 ¡Triste mil veces, triste el miserable
 Que á tales plagas condenado gime!
 ¿Quién fué el tigre cruel, quién fué el ingrato
 Que un sentimiento tan hermoso y puro,
 Al hombre dado en el amor del cielo,
 Con ellas corrompió? Del negro abismo
 Se desataron á infestar la tierra,
 Á marchitar de la beldad las rosas,
 Á desmayar la juventud. Entonces
 Cuantas las flores de esperanza fueron,
 Tantos euchillos de dolor se clavan.
 Ama, y ¡quién lo creyera! su tormento
 Mas grande es el amar; la llama ardiente,
 Á pesar de su afán, crece en su seno;
 Y devora y abrasa, y sus entrañas
 Con insano furor vuelve en pavesas.

¡Oh lastimoso y miserable estado,
 Do de continuo el corazón se lleva
 De la rabia al dolor! Nunca la aurora
 Le hallará al despertar
 Ya en la memoria del placer pasado,
 Ya en la esperanza del placer que viene.
 Duerme agitado, empero, y despertando,
 Siente la hiel que le atosiga, y llora
 De viva afrenta y de vergüenza. En vano
 Mueve la planta á huir; ¿podrá el mezuquino
 De sí mismo escapar? Honda en el seno
 La enarbolada flecha trae consigo,
 Y mientras huye mas, mas se la clava;
 Que si el olvido al parecer despliega
 Su suspirado velo, y un momento
 Cesa el afán, ¡ay si los ojos miran
 La tirana beldad que antes ansiaron!
 Hinchase el corazón, el pié vacila,
 Y á andar se niega; por sus miembros todos,
 Que la vida abandona, un sudor frío
 Vaga y triste temblor; turbios los ojos,
 Y en ronco son zumbando los oídos,
 Ni ve ni escucha; la profunda llaga
 Á abrirse torna con furor, y en ella
 Se dilata el raudal de la amargura.
 ¡Piedad del infeliz! ¿Su resistencia
 Ha de ser por demás? Si de su pecho
 Quiere arrancar tal vez la bella imagen
 Que amor grabó con su buril de llama,
 ¿En vano esfuerzo la impotente mano
 Desgarrará su corazón y entrañas,
 Y quedará inviolable entre despojos
 Allí reinando el ídolo sangriento?
 Mas valiera no amar; sí, mas valiera,
 Cual se huye el silvo de engañosa sierpe,
 Esquivar la beldad, y á sus halagos
 Con bronce duro amurallar el pecho.

Amor, terrible amor, yo, que en tributo

Te di el abril de mis floridos dias,
 Y tantas veces adorné tu pompa,
 Detras del carro triunfador traído;
 Yo sé que á tu violencia y tus furores
 Bada puede bastar; sé que mi pecho,
 Bien como el hielo se deshace en agua
 De Febo al rayo en el ardiente estío,
 Tal se deshace al contemplar la risa
 De una boca rosada, al ver los orbes
 De un seno que palpita, al ver los ojos
 Que halagüenos mirando centellean.
 ¿Cómo á tal prueba resistir podría
 Tan flaco luchador? Mas si otro tiempo
 Llega en que torne á obedecer tus leyes,
 Leyes de vida y de esperanza sean,
 No de engaño ó desden. Contento entonces,
 Rosas suaves me serán tus grillos,
 Y adorno al cuello el ponderoso yugo.

Doy que, envidioso á mi ventura el cielo,
 Me arranque entonces de mi bien, y airado
 Doy que me esconda en el opuesto polo.
 Yo lloraré, pero amaré mi llanto
 Y amaré mi dolor. ¿Podrá la suerte
 La memoria cegar? Siempre al oído
 Me halagará sonando el blando acento
 De la divina voz, cuando amorosa
 Por la primera vez se dijo mia.
 Mis labios luego el delicioso néctar
 Renovarán que de su fresca boca
 Mi amor libara en los primeros besos.
 Lejos de ella estaré; pero anhelante
 Preguntaré á los céfiros que vuelan,
 Preguntaré á los ecos que responden;
 Y acordes todos me dirán: « Te adora. »
 Lejos de ella estaré; mas lleno de ella
 Saldré á los campos, y embebido y solo
 En cada flor contemplaré su imágen:
 Que tambien ella es flor. Las ondas puras

Del plácido arroyuelo en sus remansos
 Me la darán; me la dará la noche
 En su faz melancólica y sombría,
 En su fulgor hermoso las estrellas,
 En su ilusion dulcísima los sueños.

Tú así tambien de tu dichoso tiempo
 Podrás, Fileno, renovar la gloria:
 Busca la soledad, ella en sus brazos
 Dió siempre al triste favorable asilo;
 Y dulce y melancólica, en su seno,
 Renovando memorias deleitosas,
 Templará tu amargura. Huye la vista
 De esos hombres de mármol, que crueles
 Á los suspiros del dolor se cansan
 Ó con mofa sacrilega le siguen;
 Huye de ellos, en tanto que tu amigo
 Alas le pide á la amistad, y vuela,
 Y llega, y estrechándote á su pecho,
 El raudal de tus lágrimas mitiga.

A UNA NEGRITA

POTEGIDA POR LA DUQUESA DE ALBA.

En vano, inocente niña,
 Cuando viniste á la tierra
 Tu tierno cútis la noche
 Vistió de sus sombras negras.
 Y en vez del cabello ondeado
 Que sobre la nieve ostentan
 De su garganta y sus hombros
 Las graciosas europeas,
 Á tí de crespas vedijas
 Ensortijó la cabeza,
 Que el ébano de tu cuello
 Á coronar jamas llegan.
 ¿ Á qué la risa en tus labios,

Y en tus ojos la viveza,
 Y la gentil travesura
 Con que la vista recreas,
 Para arrancarte y traerte
 De las áridas arenas
 De la Libia á estos países,
 Entre gentes tan diversas?
 Allí vivió tu familia,
 Allí crecer tú debieras,
 Y allí en la flor de tus años
 Tus dulces amores fueran.
 Todo se trocó : los hombres
 Lo agitan todo en la tierra ;
 Ellos á la tuya un día
 La esclavitud y la guerra
 Llevaron, la sed del oro,
 Peste fatal ; su violencia
 Hace que los padres viles
 Sus miseros hijos vendan.
 ¡ Bárbara Europa !... Tú, empero,
 Desenfadada y contenta,
 Con dulce gracejo ries
 Y festiva travesas.
 ¿ Cómo así ? ¿ Piadoso el cielo
 Se dolió de tu inocencia
 Cuando te miró en el mundo
 De todo amparo desierta,
 Y te concedió á tí sola
 Lo que á tantos otros niega,
 El olvidar sus desdichas,
 Y alguna vez no saberlas.
 « ¿ Yo desdichada ? No, huésped :
 Contéplame bien, contempla
 Mi fortuna, y en envidia
 Trocarás esas querellas.
 Esclava fui, ya soy libre ;
 La mano que me sustenta
 Miró con horror mi ultraje
 Y quebrantó mis cadenas ;

La misma que tantas almas
 Esclavizó á su belleza,
 Y cuyos ojos, si miran,
 No hay corazón que no venzan.
 Patria, familia y cariños
 Me robó la suerte adversa ;
 Cariños, familia y patria
 Todo lo he encontrado en ella.
 Mira el maternal esmero
 Con que ampara mi flaqueza,
 Y la incansable ternura
 Con que mi ventura anhela.
 Cuando risueña me llama,
 Cuando consigo me lleva,
 Cuando en su falda me halaga,
 Cuando amorosa me besa,
 Tal hay que trocara entonces
 Por mi humildad su soberbia,
 Y por mi atezada sombra
 Sus bellos colores diera.
 Excusa pues de decirme
 Que desdichada me crea :
 ¿ Yo desdichada ? No hay nadie
 Que pueda serlo á par de ella. »
 ¡ Oh bien hayan tu palabras !
 ¿ Con que no siempre se cierran
 Del poderoso en el templo
 Á la humanidad las puertas ?
 Crece, dulce criatura.
 Vive, y monumento seas
 Donde de tu amable dueño
 Las alabanzas se extiendan ;
 Monumento mas hermoso
 Que el que á la vista presentan
 Los soberbios obeliscos,
 Las pirámides eternas.
 Así tal vez arrancada
 Vi de la materna cepa
 Con la agitacion del cierzo

La vid delicada y tierna,
 Y á los firmes piés llevada
 De la palma que descuella
 Levantando por los aires
 Su bellissima cabeza;
 Allí piedad, allí asilo,
 Allí dulce arrimo encuentra,
 Allí sus vástagos crecen
 Y su verdor se despliega.
 Ella al generoso apoyo
 Con lazo amante se estrecha;
 Y el viento dando en sus hojas,
 Himnos de alabanza suena.

Á DON RAMON MORENO,

SOBRE EL ESTUDIO DE LA POESÍA.

« ¿ Y nos dejas, infiel ? ¿ Y así abandonas
 Tantas horas de afán ? ¿ Y así al olvido
 La flor darás de tus primeros días,
 Que tantos lauros á tu sien prometen ?
 Nosotras á tu oriente presidimos.
 ¿ Quién de fuego tu pecho, y de ternura
 Llenó tu corazón ? ¿ Quién de armonía
 Bañó el acento de tu voz suave,
 Cuando Henáres, oyéndola, sus ondas
 Serenaba suspenso, y de tu canto
 El eco por sus márgenes sonaba ? »

Así te hablaban las amables musas ;
 Y tú, esquivando su apacible halago,
 Otra gloria, otra senda prevenías
 Á tu noble ambición ; ellas la vieron
 Y de tu ingrata deserción lloraron.
 ¿ Fué desprecio tal vez ? ¿ Pudo en tu mente
 Caber también la vergonzosa idea
 Con que orgullosa la ignorancia humilla

Este celeste don, y en sus furores
 Le dice vano y frívolo, y riendo
 Marca en oprobio el nombre de poeta ?
 Ella sola, entre nieblas asentada,
 Puede desconocer el noble origen
 Del talento que insulta, y ella sola
 No respetar los sacrosantos nudos
 Que con natura y la virtud le hermanan.

Cuando rompe la aurora en el oriente,
 Y el rayo anuncia de la luz febea,
 ¿ Quién entonces se niega á la alegría,
 Al himno universal con que saluda
 La tierra al nuevo sol ? ¿ Quién, si la noche
 Tiende su manto lóbrego, y el seno
 De Olimpo con mil lumbres centellea,
 De un horror melancólico y sublime
 No se siente ocupar ? ¿Cuál es el pecho
 Que en férvido entusiasmo no se agita
 Al mirar de su cárcel desatarse
 Los aquilones, que azotando el polo,
 Que agitando la mar, tremendos braman,
 Y estrago y noche y tempestad lanzando,
 Estremecen el orbe en sus furores ?

¡ Oh tú, infeliz, que en tu insensible pecho
 Jamás probaste el sentimiento hermoso
 Que estos cuadros magníficos inspiran !
 Tú solo puedes despreciar grosero
 Al genio que los pinta ; y si la suerte,
 Avára de tu bien, negó á tus ojos
 El conocer la luz, y á tus oídos
 El sublime placer de la armonía,
 Calla ; ¿ qué harán tus importunos gritos ?
 Mostrar patente tu ignorancia oscura,
 Y hacer odiosa tu fatal dureza.

Entra, amigo, en tí mismo, y las dos fuentes
 En tí hallarás del arte encantadora

Que debes admirar : fuentes eternas
 De do su gloria y su poder descienden.
 Mira el espejo rutilante y puro
 De tu imaginacion, que en su grandeza
 El mundo todo, el universo entero,
 Sin contenerse en limites, abarca ;
 Contempla luego la inexhausta hoguera
 En cuyo fuego las pasiones arden
 Y el sentimiento sin cesar se ceba ;
 Y así como en su curso van los rios
 Deslizándose hácia el mar sus claras ondas,
 Ondas que de él en vagarosas nubes
 Salieron ya ; verás la poesía
 Del corazon y mente descendiendo,
 Al corazon y mente arrebatarse.
 En vano intentas resistir : tu oido
 Su acento ganará, tu fantasía
 Poblarán sus imágenes hermosas ;
 Y al volcan de su fuego y su vehemencia
 Tu corazon ardiendo, vendrá el punto
 En que, vencido, arrebatado, sigas
 El carro triunfador de su alta gloria.

Tal será su poder, tal siempre ha sido.
 Si lo niegas, pregunta al universo ;
 Sus fastos lo dirán : ve la violencia
 Con que el torrente de los siglos corre,
 Anonadando en su fugaz camino
 Hombres, naciones; los imperios crecen,
 Y otros imperios que á su vez se elevan,
 Crecen, y llegan, y los tragan, y huyen,
 Como impelidas de los euros frios
 Huyen las nieblas, sin dejar sus alas
 Huellas ningunas por el aire vago.
 Pues el genio inmortal de la armonía
 Venció tanto furor ; la faz del mundo
 Trastornada se ve, y él resonando
 En medio á tanta ruina, hasta la esfera
 Los ecos lleva de su noble acento ;

Y el hombre absorto de placer le admira.
 ¿ Oyes el nombre del social Orfeo
 Entre aplausos aun ? ¿ Oyes cuál suena
 La trompa heróica del cantor de Aquiles,
 Y estrellarse en su nombre las edades,
 Añadiendo en su honor nuevos trofeos ?

¡ Vivid, padres del canto ! ¡ Almas sublimes,
 De la tierra esplendor ! ¿ No sois vosotros
 Los que, admirando el universo, y llenos
 De inmenso fuego al contemplar las leyes
 En que el órden se asienta, arrebatados
 De sagrado furor en vuestra lira,
 El amor, la virtud, el bien cantabais,
 Y de los hombres la rudez pulisteis ?
 Hélos cuál tigres respirando ciegos
 Estrago y sangre, con fatal cruera
 Entre sí devorándose, y feroces,
 Solos, desnudos habitar las cuevas
 Que dió natura á los agrestes brutos.
 ¡ Misera humanidad ! Padres del canto,
 Venid ; á vuestra plácida armonía
 El hombre sorprendido alza la frente,
 Y ledo mira al sol ; ya en sus entrañas
 Arde el amor ; esposo, padre, amigo,
 Hombre es ya, en fin ; en sociedad se anida,
 Y el cielo alegre á su ventura rie.
 ¡ Vivid, padres del canto ! No la tierra
 Tan ingrata será, que al hondo olvido
 Dé la memoria de los faustos dias
 Que nuestras bellas fábulas recuerdan.
 No la dará : si vuestros nombres muéren,
 Será allá cuando el mundo hecho pedazos
 En el estrago universal esconda
 Los nombres que sus ámbitos llenaron.

Y este precioso don, que al arte un dia
 Debió la especie entera, en todos tiempos
 Le goza el hombre. Dime : allá en tu infancia,

¿ Quién suavizaba y de risueñas flores
De la instruccion la senda te cubria,
Sino su halago ? Sus grandiosos himnos
Te elevan al Olimpo, sus canciones
Te inundan de placer en tus festines ;
Y abate luego, si á abatir te atreves,
La grandeza del genio que elevado
En generoso vuelo arde, y te lleva
Á ansiar, llorar, á suspirar consigo,
Á amar y aborrecer ; que yo entre tanto,
Al ver los mundos que á su arbitrio crea
Un númen bienhechor en él bendigo,
Y hombre, de un hombre en el grandor me elevo.

¿ Serán tal vez sus formas agradables
Y la eterna beldad de que se ciñe
Las que en su oprobio á declamar te incitan ?
¡ Hombre feroz ! en tu fatal dureza
Arranca al prado su vistosa alfombra,
Su verdura á los árboles, y nunca
Las auras templen el fogoso estío.
¡ Ay ! harto amargo de la vida el cáliz
Es al hombre infeliz, para que esquivo
Tambien le niegues el escaso néctar
Que á veces baña de placer sus horas.

Y no siempre su honor la poesía
Fundó en el muelle acento y blando halago,
En los objetos frívolos que ahora
Por nuestra mengua sin cesar la emplean.
Si es que los ecos bélicos te agradan,
Si los hórridos cantos de Tirteo
Aun quieres escuchar, vuela conmigo
Al campo de Mesenia, y en él mira
Á los hijos de Esparta desmayados
Volver la espalda al desigual combate.
Y escucha de repente cómo truena
El canto de la guerra, y cuál discurre
De fila en fila, mortandad nunciando,

Y ahuyentando el temor ; mira encenderse,
Con sus versos enérgicos airada,
La indignacion violenta, y de la patria
El amor sacrosanto, á cuyo nombre
Ómorir ó triunfar los héroes juran.
« Pues os preciais de descender de Alcides,
Amigos, alentad ; ¿ qué os acobarda ?
Sabed que nunca la oprobiosa fuga
Escudo fué contra el rigor del hado ;
Con hombres como vos es el combate.
¿ De qué temblais ? Marchad ; hermosa vida
Os dará la victoria, eterno nombre
Si en la lid pereceis el tiempo os guarda. »
Y al beliseno acento enfurecida,
La muchedumbre intrépida se arroja :
Salta, acomete, y el horror, y el fuego,
Y la muerte espantosa, que silvando,
Del dardo y lanza en el acero vuela,
Nada son á su ardor ; lucha, porfia,
Á sus piés los soberbios baluartes
Húndense, y el laurel de la victoria
Ciñe la patria á su robusta frente.

¡ Ay ! los sagrados venerables dias
No son aun en que se torne al canto
Su generoso y sacrosanto empleo.
Pero ellos brillarán : yo, caro amigo,
Ya entonces no seré ; nunca mi acento,
Hirviendo de entusiasmo, en grandes himnos
Se podrá dilatar, que grata escuche
Mi patria, y que en la pompa de sus fiestas
El coro de los jóvenes los cante,
El coro de las vírgenes responda,
Y el eco lleve mi dichoso nombre,
Y todo un pueblo con furor le aplauda.

¡ Oh tú, cualquiera que en mejores dias,
Por don del cielo, de mi patria seas
El solemne cantor ! ¡ Tú, á quien guardada

Tan alta gloria está! Yo te saludo
 ¡ Oh afortunado espíritu ! te adoro ;
 Vuelve, te ruego, la dichosa vista
 Al fango vil de que á salir en vano
 Aspira mi ambicion. No, sus esfuerzos,
 Sus débiles esfuerzos no podrian
 Durar, llegar á tí. ¿Qué serán ellos
 Si con tu excelsa elevacion se miden ?
 Escucha, empero, los aplausos míos,
 Que vuelan á mezclarse á la alabanza
 Con que tu siglo ensalzará tu nombre ;
 Y recibe estas lágrimas ardientes
 De despecho y de envidia, que mis ojos
 Al contemplar en tí vierten ahora.

En tanto pues que afortunado llega
 Este tiempo, nosotros, dulce amigo,
 Demos nuestro desprecio á la insolencia
 Del poderoso, que, en su pompa hinchado,
 Vincula en ella sus virtudes todas ;
 Démosle al vil que ante sus piés se abate,
 Y aquella frente que le dió el destino
 Para mirar al sol hunde en el polvo ;
 Mas no suframos que los bellos dones,
 Tesoros del espíritu, se vean
 Escarnecidos nunca. Abandonemos
 Tan delirante empeño á la ignorancia
 Ó á la mediocridad, que insulta y muérde
 El bronce de la fama, en cuyos ecos
 Jamás el mundo escuchará su nombre.

(1798.)

DESPEDIDA DE LA JUVENTUD.

Creced y floreced, plantas hermosas,
 Creced y floreced, y alzando al cielo
 Esas ramas sonantes y frondosas,
 Bañad en dulce lobreguez el suelo ;

Que yo, angustiado, á vuestra sombra amiga
 Me acogeré, y en ella
 Tendré un asilo al fin donde no sienta
 El vivo resplandor que el sol ostenta.
 Él, en eterna juventud luciendo,
 Vuela, y vuela sin fin : ¿ qué son los años
 Qué los siglos ante él ? Ruedan fuerosos ;
 Y á contrastar su solio se amontonan,
 Y en su feliz carrera
 Nada marchita su beldad primera ;
 Todos su gloria y su esplendor coronan.

¡ Oh cuánta diferencia
 Entre su fuerza y la flaqueza mia !
 Sigue un día á otro día,
 Y en su sorda inclemencia
 Cada cual me amortigua, y me arrebatá
 Al término en que espira la alegría.
 Vuelvo la vista, y angustiado miro
 Yacer segadas de mi edad las flores,
 Y la vida mostrárseme erizada
 De espinas solamente y de dolores.

Tened ¡ ay ! compasion de mi amargura ;
 Que bien me la debeis, árboles bellos.
 Decid : cuando los vientos bramadores
 Á la voz del noviembre se desatan,
 Y sacudiendo frio,
 En su furor horrisono maltratan
 Vuestro verdor sombrío,
 Y anunciándoos vejez, de angustia os llenan
 Y á desnudez tristicima os condenan,
 ¿ No sentis ? ¿ no llorais ? Y estremecidos,
 ¿ No os acordais de abril, cuando halagüeñas
 Las manos de natura engalanaban
 Vuestras frentes risueñas,
 Cuando el auro os besaba con ternura,
 Y los ojos distantes que os miraban,

Cual templos de frescura
Y asilos de placer os saludaban?

Tal de mi juventud y de mi gloria
Los venturosos días
Se pintan tristemente en mi memoria,
Al tiempo que volando
Huyen lejos de mí, sin que mis ayes
Solo un momento detenerlos puedan.
Adios, divino amor, que desplegando
Las bellas alas de oro,
Me llevabas en ellas
Por sendores de flores,
Y el pecho y labio sin cesar colmabas
Del néctar celestial de tus favores.

Adios : la cruda mano
Del tiempo, á mis delicias enemigo,
Te arrebató consigo.
Y ¡oh cuántos otros bienes el tirano
Me arrebató también! ¿Con que la risa
Huyó por siempre de los labios míos,
Y la fiel confianza de mi frente?
Mis ojos, ¡ay! de lágrimas vacíos,
¿Será que nunca á desahogar ya tornen
Mi triste corazón, y que se vean
De él por siempre alejadas
Las esperanzas que halagüeñas rien,
Las ilusiones que sin fin recrean?

Contigo, ¡oh juventud! contigo nace
El entusiasmo ardiente
Que arrebató hácia el bien, contigo espira,
Y tras él la virtud mustia y doliente
Privar de fuerza y marchitar se mira.
¿Qué á tu ferviente anhelo
Cuestan jamás los sacrificios? Oyes
La voz de la amistad, sientes la llama
Del patriotismo que tu pecho agita,

Ó bien la gloria que en honor te inflama;
Partes entonces desolada, y corres
Impávida á tu fin : como en la selva
El volador caballo,
Cuando en dichosa libertad respira,
Orgullosa se lanza á la carrera ;
El viento no le alcanza, y vanamente
Á intimidar su ardiente lozania
Las ramblas y torrentes se presentan ;
Las ramblas y torrentes acrecientan
Su generoso aliento y su osadia.

Y en vez de tantos dones
Como en mi tierno corazón moraban
Y en su luz generosa me ensalzaban,
¿Qué ofreces á mi vida,
Oscuro porvenir? El triste freno
De la prudencia y su compás helado ;
Mientras que, derramando su veneno
La vil sospecha, asida
Del funesto puñal del desengaño,
En cada halago temerá un peligro,
Tras cada bien me mostrará un engaño ;
Y roto el velo á la ilusión, el mundo
Que pintado en tan mágicos colores
Á mi inocente espíritu reía,
Será de hoy mas á la tristeza mia
Yermo sin amistad y sin amores.

Morir fuera mejor ; mas ¡ay, que abiertas
Ya á devorarme aspiran
De la siguiente edad las negras puertas!
La vista estremecida
Duda y se vuelve atrás : deten la mano,
Y no de bronce la eternal barrera
Corras, que esconde mi estación florida,
¡Dura necesidad! ¡Oye mi ruego!...
Mas no me escucha, y la corrió, y yo ciego,
Sin poderme valer, desconsolado,

Del carro del destino arrebatado,
 Á su imperiosa voluntad me entrego.

EN LA MUERTE DE UN AMIGO.

En este melancólico retiro
 Do la indulgente soledad me abriga,
 Y con su sombra amiga
 Templá el horror en que infeliz respiro,
 ¿Qué fúnebres clamores
 En confuso tropel hieren el viento
 Y vienen á mezclarse á mis dolores?
 Callad, nuncios de muerte; ya mi pecho,
 De palpar deshecho,
 No es bastante al raudal de la amargura,
 Y el cáliz del dolor hasta las heces
 Mi moribunda juventud apura.

¡Miseró! ¡Cuántas veces
 Presente á algun festin, cuando rodaban
 Por la mesa las copas de Lieo,
 Y en risa y en placer nos inundaban,
 Mi espíritu asaltado
 De un súbito temor se estremecía,
 « ¡Si alguno de nosotros pereciera! »
 En mi interior decia,
 Y una indiscreta lágrima corria
 Que atajaba el deleite en su carrera.
 ¡Presagio de dolor, ya estás cumplido!
 Tendió la muerte sus horrendas alas;
 Como buitres voraces cayó en mi amigo,
 Y en él sus garras con furor clavando,
 Á la honda huesa le arrastró consigo.

• En vano, ¡ay Dios! en vano
 El bello sol, iluminando el día,
 Derramará en el mundo
 Su benéfica lumbre y su alegría;

De su seno frugífero y fecundo
 En vano los tesoros
 Ostentará la tierra:
 ¿Qué importa? Á otros darán la dulce vida,
 No al ser helado que la tumba encierra.

¡Con que será ya en vano
 Clamar yo en el dolor: « ¡Álzate, amigo;
 Vén como en otro tiempo á mi venias,
 Cuando las ansias mías
 Templar lograban su amargor contigo;
 Levántate á valerme! » Que insensible
 Me negará su oído,
 Inmóvil á mi voz como esas rocas
 Que rechazan mi lúgubre gemido.

Si; que á nadie se atiende y se responde
 En ese seno misterioso donde
 Lejos del mundo el infelice vaga.
 Pero el mundo me oirá, y enternecido
 Dará que satisfaga
 Mi luto y mi deber... ¡Oh lira mía!
 Vén en mi afán á acompañarme, y demos
 Á mi infeliz amigo
 El canto de alabanza; que se vea
 Su alma bella en mis versos retratada,
 Y eterna al mundo su memoria sea.

¿Qué sirve, empero, recordar ahora
 Du su hermosa virtud la alta esperanza?
 Cuando el viento fatal de mediodía
 De las arenas libicas se lanza,
 Y el seno de la Bética azotando
 Con ala abrasadora,
 La floreciente mies tala y devora,
 ¿Acaso la abundancia que esperaba
 Podrá aliviar al labrador que llora?
 ¡Ah! ¡Son tan pocos los felices pechos
 En que se anida la virtud! ¡Tan pocos.